

Moreno Figueroa, Mónica y Peter Wade. *Contra el racismo: movilización para el cambio social en América Latina*. Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes, 2023. 345 pp.

MARÍA ELIZABETH MASSENA
UNIVERSITY OF CALIFORNIA, IRVINE

En un contexto donde bajo el ala del multiculturalismo y del mestizaje los países latinoamericanos niegan el racismo, *Contra el racismo: movilización para el cambio social en América Latina* no solo expone el racismo estructural, sino que analiza las múltiples iniciativas que lo combaten. El libro es resultado del proyecto de investigación denominado Latin American Anti-racism in a “Post-Racial” Age - LAPORA que, desde el año 2017, estudia de forma interdisciplinaria las prácticas y discursos antirracistas en cuatro países latinoamericanos (Colombia, Brasil, Ecuador y México). El proyecto y el libro contemplan la diversidad de estrategias para el cambio social y sus efectos antirracistas. Para abordar estas acciones, los autores proponen una metodología basada en el concepto de gramáticas alternativas del antirracismo. Dicha categoría, previamente trabajada por Peter Wade y Mónica Moreno Figueroa, permite abordar aquellos movimientos sociales en los cuales el racismo no constituye el marco organizativo para su discurso y sus acciones de lucha. El uso de este lenguaje estratégico por parte de prácticas antirracistas devela una conciencia de desigualdades estructurales más amplias, en las que se reconoce indirectamente el papel de la diferencia racial.

El libro se encuentra organizado de forma temática, lo que permite un abordaje comparativo entre los cuatro países y una identificación de conexiones entre los mismos. El prólogo sienta las bases teóricas y metodológicas, así como las preocupaciones éticas que tuvo el conjunto de investigadores. Los siete capítulos están escritos de forma colaborativa por los investigadores que forman parte del proyecto LAPORA.

El primer capítulo, escrito por Emiko Saldívar, Antonio Sérgio Guimarães, Mara Viveros-Vigoya y Fernando García, analiza las narrativas históricas de los proyectos de mestizaje en las cuatro naciones y su efecto a la hora de sentar las bases para el racismo estructural. Los gobiernos post independencia de México, Ecuador y Colombia fomentaron la ideología del mestizaje para construir Estados nacionales de corte liberal y mostrar una supuesta igualdad civil. En el caso de Brasil, junto con la narrativa del mestizaje, el Estado abrazó la ideología de la democracia racial como discurso para construir una nación moderna e igualitaria. En todos los casos, el mestizaje se asoció a la blancura y a

la movilidad ascendente, así como a los ideales de modernidad y progreso, con lo cual, un reto clave para las organizaciones antirracistas es romper ese vínculo y crear espacios legítimos para que la negritud y la indigeneidad no se asocien a la pobreza y al atraso.

El siguiente capítulo, escrito por Mónica G. Moreno Figueroa y Mara Viveros-Vigoya, utiliza la noción de giro interseccional como un enfoque para analizar las intervenciones antirracistas. La interseccionalidad se presenta como una perspectiva indispensable para reconocer la superposición de diferentes sistemas de opresión, como el de género, raza y clase, que atraviesan las identidades. Las autoras analizan ejemplos de luchas donde procesos racistas y sexistas se entrecruzan y afectan mutuamente. Dicho estudio logra detectar diversas dinámicas desde aquellas que defienden y/o refuerzan las convenciones de género a otras que intentan resignificar nuevos sentidos y/o intentan trastocar el funcionamiento de estas. En cuanto a las primeras, las autoras presentan el caso de tres ejemplos de hombres en Colombia, Ecuador y Brasil que denuncian discriminación racial en tres lugares diferentes: el ámbito laboral, la academia militar y el ámbito deportivo respectivamente. Las acciones de estos protagonistas se centran en el reclamo por acceder a una masculinidad blanca para, de esta forma, recuperar su dignidad. Con respecto a aquellas acciones que se apoyan en estereotipos de género, las autoras destacan las luchas de mujeres negras en Brasil y Colombia, quienes se apoyan en su condición de madres y cuidadoras para defender a sus hijos y a sus comunidades y legitimar esta lucha en la esfera pública.

El lugar del cuerpo racializado en el espacio público es el tema del tercer capítulo escrito por Krisna Ruetter-Orihuela, que se pregunta por la formación, las marcas, y las formas de expresión que se preforman en los cuerpos racializados. Sus expresiones en espacios públicos visibilizan los mecanismos del racismo estructural. Al moverse, sentarse, caminar, gritar o llorar, los cuerpos racializados que participan en contextos de protesta pública expresan las dinámicas raciales a veces negadas o naturalizadas. El Paro Cívico por la Vida y la Dignidad de Buenaventura y marchas públicas de la Rede de Comunidades e Movimientos Contra a Violência en Río de Janeiro visibilizan experiencias corporales que denuncian la violencia estatal. El caso de las protestas de los indígenas kichwas en Saraguro revela el uso del cuerpo y la producción de imágenes para luchar contra la criminalización de las protestas en Ecuador. La movilización de los cuerpos femeninos para desafiar y visibilizar alternativas contra la exclusión política se advierte en la Campaña política de Marichuy y en el Congreso Nacional Indígena en México. Las experiencias corporales de los colectivos femeninos Amafrocol, Fundación Azúcar y Manifiesto Crespo reivindican el cuerpo de la mujer negra para desafiar los estereotipos racistas centrados en la belleza blanca. Todos estos casos revelan el potencial

del cuerpo como territorio de lucha antirracista. Al mismo tiempo, estos cuerpos como campo de acciones políticas también son los blancos fáciles para la violencia policial, racista, verbal y mediática, con lo que el potencial de cambio de estos cuerpos depende, en gran medida, de las audiencias que los interpelan.

El cuarto capítulo, escrito por Peter Wade, explora las acciones de personas negras e indígenas que buscan asegurar la tierra como una estrategia antirracista. En este sentido, la lucha por el suelo muestra un vínculo afectivo por la tierra, revela una historia de genocidio y desposesiones y, al mismo tiempo, es el terreno para la formación de coaliciones entre pueblos negros e indígenas. Si bien en dichas acciones es poco probable que los sujetos articulen su agenda desde esquemas racistas, al tratarse de sujetos racializados, el componente racista está latente. La tierra está vinculada a las luchas decoloniales y, por lo tanto, está íntimamente relacionada con el racismo que sigue desempeñando un papel constitutivo en la colonialidad del poder. Tal es el caso de la comunidad Wimbi, un asentimiento negro e indígena situado en la parte norte de la región costera del Pacífico de Ecuador. Si bien sus consignas se centran en la lucha por la tierra y en contra de la destrucción del medio ambiente, los winbiseños muestran una conciencia de discriminación racial que experimenta la comunidad entera.

El quinto capítulo, escrito por Gisela Carlos-Fregoso, analiza la lucha por la movilidad social como estrategia para combatir la desigualdad racial y el racismo. Específicamente, explica los efectos de la situación de aquellos sujetos que oscilan entre dos mundos: el de los blancos y/o el de los mestizos y el de su comunidad de origen. La experiencia fluida de estos sujetos tiene impactos diferentes en las estrategias antirracistas porque, si bien fomenta la conciencia racial, esto no implica que las personas racializadas adopten una actitud radical. Uno de los casos analizados en este capítulo se centra en la experiencia individual de Tomás López Saravia, un indígena mixteco originario de Tlaxiaco, Oaxaca, quien se desempeña como director del Centro Profesional Indígena de Asesoría, Defensa y Traducción (Cepiadet). La experiencia de Tomás lo posiciona, por un lado, como un indígena, líder de una organización que lucha por los derechos judiciales de su comunidad y, por otro, como un profesional de clase media respetable. Sin embargo, en este caso, el acceso a la profesionalización no significó una barrera para manifestar una posición antirracista.

La pregunta por las ganancias y las pérdidas de las batallas legales antirracistas es la cuestión central del sexto capítulo. Su autora, María Moreno, explora casos legales presentados por y/o contra personas indígenas y negras en Brasil, Colombia, Ecuador y México. Si bien enfatiza las razones por las cuales las leyes antidiscriminatorias tienden a fracasar o a producir resultados muy limitados, Moreno pondera el rol del sistema judicial como un espacio de construcción simbólica y de acción

para que los movimientos sociales usen la ley en su estrategia política, visibilicen la incapacidad del poder judicial en materia antirracista y abran un espacio para la discusión y desnaturalización de prácticas discriminatorias. El abordaje de cuatro casos legales -una denuncia por discriminación racial en el lugar de trabajo en Colombia, un caso de delito de odio racial en Ecuador, la criminación de los indígenas de Saraguro en Ecuador y el caso de tres mujeres indígenas en México acusadas de secuestros-demuestra que sus consecuencias van más allá de una sentencia legal favorable o no. En realidad, radican en las dimensiones simbólicas de la ley, donde los actores sociales luchan por definir qué debe ser la justicia interracial y, además, ponen de manifiesto las formas recurrentes de racismo en todos los ámbitos de la vida social.

El último capítulo, escrito por Peter Wade, retoma el mestizaje y explora las alianzas posibles en sociedades que son sustancial o mayoritariamente mestizas, negras, indígenas. Wade argumenta que el contexto mestizo, aunque normalmente se ha visto como un obstáculo para el antirracismo, puede crear puntos de apoyo que permitan a los activistas posicionarse de forma innovadora. En este sentido analiza las tensiones y las posibilidades de las alianzas en las cuales los mestizos se convierten en personas negras o indígenas; los mestizos, como figuras ambivalentes, pueden ser tanto perpetradores del racismo, al reproducir las jerarquías del mestizaje, como sus víctimas dentro de esas jerarquías. Sin embargo, Wade sugiere un potencial antirracista en la posibilidad de que los mestizos puedan reconocer su ascendencia indígena o negra y, desde allí, ofrecer puntos de apoyo. Para Wade, el establecimiento de alianzas y redes que involucran a mestizos cuya blancura ha sido cuestionada por jerarquías que asocian la “verdadera blancura” con lo europeo puede significar un punto de encuentro con los subalternos racializados. De esta manera, el contexto mestizo puede proporcionar un punto de apoyo en un trayecto a lo largo del cual las personas pueden avanzar hacia una conciencia mutua de una historia de opresión racializada.

A modo de conclusión, *Contra el racismo: movilización para el cambio social en América Latina* es un libro que tiende puentes entre la academia y el activismo. Su traducción en varios idiomas democratiza el conocimiento académico y lo hace circular en múltiples direcciones. Su enfoque inclusivo sobre las prácticas antirracistas enciende una luz de esperanza e invita a identificar los puntos débiles y fuertes de cada acción, así como su poder simbólico aun cuando una acción no sea exitosa. Su abordaje comparativo y relacional discute la idea de una Latinoamérica homogénea en la medida en que, sin negar su pasado colonial y sus proyectos de mestizaje comunes, enfatiza las diferencias entre los distintos países. Por último, la lectura de este tipo de material es necesaria para discutir el racismo y

antirracismo en países que lo han negado tanto en espacios académico, activistas, como en áreas vinculadas a las políticas públicas.